



EL ECO DE CARTAGENA

Año XXXII

DECANO DE LA PRENSA LOCAL

Núm. 9351

PRECIOS DE SUSCRIPCION:

En la Península.—Un mes, 2 pts.—Tres meses, 6 id.—Extranjero.—Tres meses, 125 id.—La suscripción empezará á contarse desde 1.º y 16 de cada mes.—La responsabilidad á la Administración.

REDACCION Y ADMINISTRACION, MAYOR 24

SÁBADO 31 DE DICIEMBRE DE 1892.

CONDICIONES:

El pago será siempre adelantado y en metálico ó en letras de fácil cobro.—Corresponsales en París, A. Lorette, rue Caumartin, 61, y J. Jones, Faubour Montmartre, 31.

ANTIGÜEDADES

Se compran, y con preferencia, alhajas, tapices, bordados, encajes y muebles franceses.

Hotel de Francia, habitación número 4.

M.^{me} LEONIE BROUTIN,
MODISTA DE SOMBREROS

Ha llegado á esta población con un magnífico y variado surtido de sombreros, su representante doña Pura Diaz, con quien podrán entenderse las señoras que necesiten sus servicios.

CALLE MAYOR 3, PRINCIPAL.

FUEGO Y CALOR.

COCINAS FRANCESAS con varios fogones, horno para asados y pastas. Depósito para agua caliente, forma artística y fundición esmerada.

CHIMENEAS de mármol de Italia y Macael, con puertas de corredera.

ESTUFAS Chauberski, varios tamaños y artístico decorado.

Exposición y venta, MUSEO COMERCIAL.—Puerta de Murcia.

APUNTES

para una investigación filosófica de nuestra decadencia política

III.

Una nación, un pueblo, una raza, son organismos comparables á un individuo, aunque bastante más complicados y difíciles de estudiar?

Yo tengo la convicción de que, considerándolo desde un punto de vista en cierto modo moral, puede afirmarse que sí, y sin hacer citas, ni acudir á la autoridad más ó menos respetable de autores muertos ó vivos, que han tratado del asunto, probaré á demostrarlo.

Ocupaba el pueblo árabe esa región del Asia que arrancando del mar Rojo se extiende por el Oriente hasta el goifo pérsico y la Persia, y está limitada al norte por el Eufrates y lo que llamamos hoy Turquía asiática. Raza casi enteramente nómada, se hallaba dispersa en las interminables llanuras de la Arabia Petrea y el Ared, dedicándose al pastoreo y al bandidaje, si se exceptúa una mínima parte que habitaba en agrupaciones de edificios que casi no merecen el nombre de ciudades, fomentando insignificantes industrias y raquítico comercio. El pastoreo y el bandidaje es á un pueblo lo que al niño la edad de la lactancia y de los primeros balbuceos para romper á hablar. Pero así como el organismo humano lleva en sí mismo los gérmenes al crecimiento y al desarrollo, tanto fisiológico como intelectual, los pueblos, para desarrollarse, crecer y civilizarse, requieren circunstancias y fuerzas exteriores y eventuales que les muevan, les eduquen, les pongan en camino del adelanto príquico.

No haré una pintura detallada de la vida y costumbres de los árabes antes del nacimiento de Mahoma, porque no hago historia, sino que busco argumentos. Puede leerse á Gustavo Le Rou y á Lamartine

que, el primero en su «Cultura y civilización de los árabes» y el segundo en su «Historia de Turquía» tratan el asunto más por extenso.

Ello es que, después de permanecer los árabes una serie de años, que no pueden precisarse, en esta especie de infancia estacionaria, penetraron en la vida intelectual, en la vida de la civilización y el progreso por el camino que les abrió esa inteligencia vasta, extraordinaria, maravillosa, que se llama Mahoma. Muchos años de lucha, mucha sangre, mucha reyerta costó conseguirlo; pero llegó un día en que el pueblo árabe quedó por entero sometido al Corán. También al niño le cuesta muchas lágrimas, muchas juribandas, muchas pesadumbres aprender las rudimentarias lecciones de la escuela y prepararse para ser hombre.

Muerto Mahoma y en la fuerza de la juventud el pueblo árabe, ya no se contentó con bastarse á sí mismo, con civilizarse, con entregarse á las prácticas y ritos de una religión nueva, grande, completa, la única que sostiene en sí misma todo un sistema de sabia legislación, no impuesta, informada de las propias condiciones de carácter, costumbres é inteligencia de la raza de Abraham; sino que se lanzó con el ardor de los pocos años, de la sangre aún pura y ardiente á implantar en otros países sus ideas religiosas, su cultura, su ansia de engrandecimiento y poderío. Así se lanza el joven de talento que acaba de terminar su carrera en la Universidad, con ideas propias, con inteligencia que se basta á sí misma, á la lucha de oposiciones políticas, religiosas, científicas y literarias, lleno de juvenil entusiasmo, afanoso por convencer, por hacer adeptos, por crearse un partido, por hacer partícipes á los demás de sus conocimientos adquiridos y ampliados por su propio discurso.

El pueblo árabe se lanzó á la conquista intelectual del mundo sin más armas que «El Coram», sin artes, sin ciencias, sin costumbres sociales. Pero le impulsaba esa fuerza incontrastable de la convicción oxtológica, eso que vulgarmente se llama fanatismo, causa multiplicada de las grandes atrocidades de la historia, pero también de las maravillosas heroicidades que hoy nos admiran al leerlas. Llegaba á un pueblo extraño, le vencía, le imponía su religión, se apoderaba de sus artes, de sus ciencias, los estudiaba, los adaptaba á sus condiciones especiales y surgía de allí un arte nuevo, basado en otro más antiguo, en el que ellos habían puesto su intuición, su estética ingénita, amoldándolo á las diferencias de raza. En esta larguísima lucha por la implantación de un rito nuevo, conquistaban á punta de lanza una civilización que no tenían; y en su seno nacían arquitectos, sabios, poetas, como Autar y Tarafa, que no tienen porque envidiar á los mejores líricos griegos y latinos. Así se corrieron por la Persia, por la Judea, por todo el Norte de Africa, hasta que pasaron á Europa poseyéndose de España y la Italia.

Las maravillas que de Bagdad,

Bonora y otras ciudades, del lujo, artes y extraordinarias modas de los Califas, entre los que despunta el magnífico Habrum-Al-Raschid, que nos refieren esas maravillosas narraciones de Scheherazada, adaptadas á las lenguas europeas por el francés Galland; las bellas de una civilización poderosa que aún pueden admirarse en las ruinas de tantas y tantas ciudades, núcleos un tiempo de extenso comercio, grandes industrias y focos de donde emanaban los brillantes chispazos de las artes liberales y de la poesía lánguida, muelle, voluptuosa y bella de los árabes; nos dan una muestra de lo que llegó á ser en poco más de una centuria ese pueblo nómada, salvaje, indomable é inteligente que Mahoma despertó á la cultura.

Y sin ir tan lejos, dígalos la Alhambra, dígalos el Generalife, dígalos las descripciones que de la antigua Granada nos conservan los cronistas y trovadores de la Edad-Media; dígalos la mezquita de Córdoba, la segunda maravilla del mundo, después de la mudada construir por los Omíyades en Oriente, sitio anual de peregrinación para los creyentes. Dígalos también la influencia que la poesía árabe combinada con la de los judíos, Ben-Gabriel y Juda-Levi de Toledo, han tenido en la nuestra; menor, no obstante, en fuerza de ser poco conocida, de lo que por su importancia merece.

Con Adderraman el Magnífico, el último descendiente de los Omíyades, huido de Arabia á la usurpación de Abbas, fundador de la dinastía de los Abbaridas, llegó la raza musulmana á todo su poderío y florecimiento. Así es el hombre entre los treinta y cuarenta, cuando ha llegado al mayor desarrollo físico é intelectual.

Después, bien que aparentemente por causas exteriores, pero en realidad porque las fuerzas estaban gastadas, el entusiasmo se había enfriado y los resortes comenzaban á quebrarse, por el exceso de trabajo y movimiento, comenzó el pueblo árabe á decaer, á dejarse suplantar por razas y pueblos más jóvenes; á tocar retirada, á envejecer, á arrugarse, hasta que por sus pasos contados por ley inflexible de la naturaleza, murió. Lo mismo exactamente que el hombre.

Hoy el pueblo árabe no vive.... Me dirán ustedes que existe; pero existe disperso, disgregado, sin vida; pasivo; como existe el organismo humano fragmentado en átomos por el universo después que el hombre muere.

Mahoma no inventó su religión. Se la tomó prestada á Jesús y la adaptó, variándola, á las costumbres, necesidades y condiciones de vida de los descendientes de Abraham. Lo que se inventó fué la legislación que va como entrafada en la concepción religiosa. Impuso en *El Coran* la obligación de infundir á todos los pueblos la religión mahometana, por el convencimiento, ó por la fuerza de las armas, según las circunstancias. Y es que Mahoma no veía en la Arabia condiciones de estabilidad para un pueblo que él quería convertir en grande,

poderoso, en algo así como la avanzada de la civilización universal. A esta irrupción árabe por todas partes, á esta invasión de muchos padres separados entre sí por grandes distancias, á esta disgregación de la raza, achacan muchos filósofos de la historia la muerte de la nación musulmana. Esta es la causa superficial, la exterior, la más visible. Pero si Arabia hubiese tenido las condiciones de inestabilidad que tienen otros países, si la musulmana, en vez de desparramarse por el mundo se hubiese concentrado en su país natal ¿no hubiesen muerto también en cuanto nación civilizada y culta?... Puede jurarse que sí. Nada hay eterno en la naturaleza más que la naturaleza misma. Todas sus manifestaciones vitales nacen, crecen, decaen y mueren. Como se desarrolla y desgasta esa máquina que se llama hombre, así se gasta y perece ese organismo que se llama raza, pueblo, ó nación.

Persiste la materia, quedan los materiales, que vuelven á aprovecharse en el laboratorio universal de la fuerza matriz para nuevos resultados de la vida; pero la fuerza que anima esa manifestación de la vida, ese misterioso poder que informa la inteligencia, los sentidos y el sentimiento, eso perece...

Se renuevan los hombres. Se renuevan las razas. Caen los pueblos. Sobre sus ruinas se levantan otros nuevos. Esa es ley fatal cuya causa, ó manera de ser no conocemos; y á ella hay que aplicar todos los efectos que observamos en la historia.

Y ya que he tomado al pueblo árabe como ejemplo irrefutable de mi teoría, partiré de la entrada de esta raza en España, para hablar ya del desarrollo progresivo y decaimiento de nuestra patria como entidad política y modelo de civilización y cultura, en cuando Dios quiera, como dijo el poeta.

MANUEL BIELSA.

Cartagena 30 Diciembre 1892.

ECOS DE MADRID.

29 de Diciembre de 1892.

Ayer se celebró el día de los Inocentes en Madrid suspendiendo en el ejercicio de su cargo á ocho concejales. Es decir, no se les comunicó la suspensión; pero propuesta por el Gobernador es de creer que con el año terminarán sus funciones en el municipio.

El frío también quiso divertirse con los madrileños y la gente andaba á escape por las calles buscando el sol que más calienta, sol que difícilmente podían encontrar los que no son de la situación.

Al mismo tiempo que bajaba la temperatura subía el tipo del cambio con París, sin duda para que se quemasen la sangre los que tienen que hacer pagos en la vecina república y no experimentasen en toda su extensión los rigores del frío. Por tarde y noche estuvieron muy concurridos los teatros que ofrecieron inocentadas á los espectadores, lo cual no es de extrañar porque á mal tiempo hay que poner buena cara y no hay caras más agradables que las que reflejan la alegría que retoza en el cuerpo.

En Madrid ha habido este año en los últimos días muchas personas cariacontecidas. La suerte no ha sido propicia para con las madrileños jugadores de lotería. Los premios gordos, por cierto, muy bien repartidos en general, se ha

desparramado por la tierra de Campos y por la tierra de María Santísima. Aquí nos hemos tenido que contentar con los reintegros, y los premios menudos. Es natural que los que acariciaban el deseo de encontrarse favorecidos con unos cuantos miles de duros, estén desesperados al ver convertidos en tristes desengaños sus dulces ilusiones.

Pero todo esto pasará, y si realiza su propósito de rebajar los derechos de consumos, proporcionará el nuevo alcalde al pueblo madrileño satisfacciones gastronómicas. En cambio los que se dedican al lucrativo negocio del matute tendrán que renunciar á andar á tiros con los dependientes del Ayuntamiento y los aficionados á emociones fuertes perderán uno de sus mejores atractivos.

El nuevo alcalde ha resultado un hombre de carácter. Los panaderos han podido conververse de ello, y aunque todavía se mantienen en sus trece privando al público de los panecillos franceses, todo hace creer que al fin y al cabo entrarán en vereda.

La falta de pan francés no ha producido más efecto que el de la supresión de las famosas tostadas de arriba y de abajo.

Los cafés son los que más lamentan el retraimiento de los panaderos y la firmeza del alcalde.

—No importa que falte peso á los panecillos, han dicho con adorable ingenuidad. Ni nosotros ni el público nos quejamos.

Pero el alcalde no tiene una conciencia tan ancha, en lo cual hace bien; y no transige con los panaderos. Gran número de operarios de las tahonas han quedado sin trabajo y entretienen sus ocios armando camorras.

Se conoce que no pueden vivir sin metorse en harina.

Los aguinaldos han quedado este año reducidos á la más mínima expresión. Como los dueños de las tiendas y los de los cafés suprimieron los agasajos á los parroquianos, estos á su vez han suprimido las propinas extraordinarias.

Los carteros, los serenos, los barrenadores han felicitado las Pascuas; pero de todos modos puede asegurarse que estas Navidades se ha ahorrado el vecindario de Madrid las dos terceras partes lo menos de lo que acostumbraba á dar en calidad de aguinaldos.

Llegamos al final del año 1892, y por las fechorías que ha cometido sería cosa de condenarle á cadena perpetua, si él no se hiciese á sí propio justicia poniendo término á su vida.

Veremos que tal se porta su sucesor. Por de pronto empieza en Domingo y traerá cara de fiesta. En España no deja de despertar algunas esperanzas halagüeñas. Hemos visto las orejas al lobo, como suele decirse; todavía se las vemos y hay que cortárselas para no vérselas. Todos parecemos resueltos á enmendar nuestros errores. El espectáculo que con su Panamá nos está dando Francia es una lección muy elocuente.

De todos modos yo deseo vivamente que si no se realizan las esperanzas al menos se realicen cosa de mis lectores.

JULIO NOMBELA.

COLABORACION INEDITA

LA CUÑADA

(DIBUJOS DE CILLA).

¡Qué pureza de principios la de Aquilina, la cuñada de D. Emeterio!

Ella dice que no se ha querido casar, y eso que tuvo muchas y muy buenas proposiciones. ¡Casarse! ¡Qué horror!

—¿Por qué mentira que hace, mujer? —Parce que se unan á un hombre y pasen por ciertas cosas...—nos decía no hace mu-